

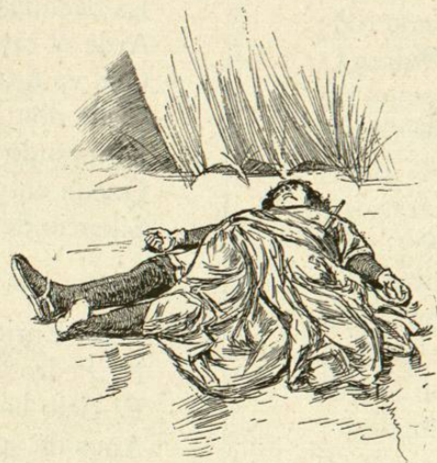
Se embisten los dos hermanos;
Y don Enrique, furioso
Como tigre embravecido,
Hierne á don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual leon rugiente,
¡Traidor! grita; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como
A la colmena ligera
Feroz y forzado el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

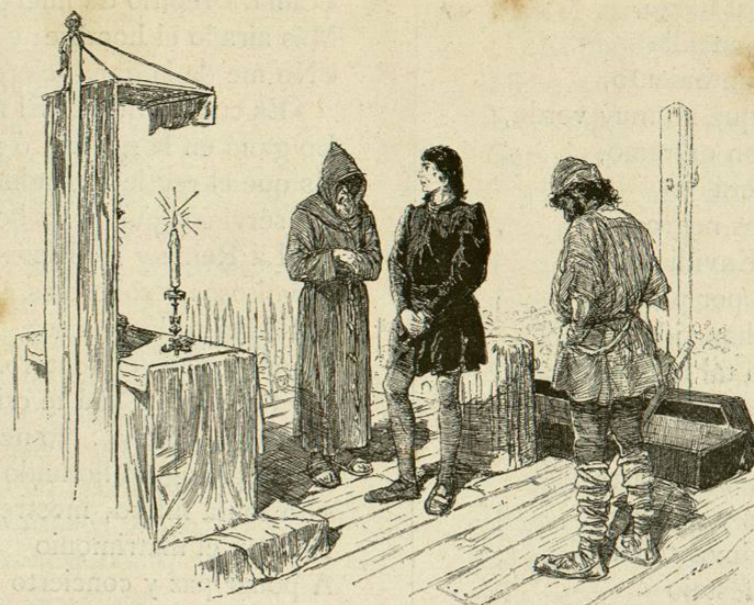
Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;



Cuando Claquin (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo)

Cuando Claquin trastornando
La suerte llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,
Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»
No duró más el combate;
De su rey en lo más hondo
Del corazón, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fraticida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.
Y la sacó... goteando
Sangre!!! De funesto gozo
Retumbó en el campo un *viva*,
Y el infierno repitiólo.



DON ALVARO DE LUNA

ROMANCE PRIMERO

LA VENTA

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aún escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sarten apurando
Magras con tomate y huevos.

De maestre-sala servía
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?...

TOMO II

Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.»
Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»

Y continuó el padre Espina:
«Sí, desengaños son estos
»Que avisan á los mortales
De que son perecederos
Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco.»

El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermón diciendo:
«Y también de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.

»Aún está fresca la sangre
De Alonso Lopez Vivero.
Yo estaba al pié de la torre
Cuando el Condestable mesmo

»Lo arrojó de ella; y he visto
De oro las cargas á cientos
Entrar allá en su palacio.
Dicen también, y lo creo,

»Que hechizado al rey tenia,
Y aún añaden...—No debemos,
Dijo grave el religioso,
Dar, á hablilla tal, acceso.»

La ventera que hasta entónces
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,
Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pechera
Y con grandes ojos negros,
Saltó súbita: «Envidiosos,
Que no sirven, ni por pienso,
Para descalzarle, han sido
Los que en trance tal le han puesto.»
Dijole el marido: «Calla,»
Y ella respondió: «No quiero...
¡Qué señor tan llano!... ¡parte
El corazón!... Mes y medio
»Hace que le vimos todos
Tan galan, en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid... ¡Qué diestro!
»¡Qué valiente! ¡Qué gallardo!
Fué el único del torneo.»
«Calla,» con cólera grande
Volvió á decir el ventero;
Y ella, en vez de obedecerle,
A continuar: «¡Qué discreto!
El oírle daba gusto...
Alonso Lopez Vivero

ROMANCE SEGUNDO

EL CAMINO

Se alza una nube de polvo
De léjos por el camino,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.
En ella relampaguean
Reflejos de acero limpio,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.
Dando lugar á que llegue,
Los religiosos franciscos
A lento paso se ponen,
Y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
Y vése claro y distinto
Que Diego Estúñiga, el jóven,
Es de ella jefe y caudillo.
En un alazan fogoso
Viene, de hierro vestido,
La gruesa lanza en la cuja,
La luenga espada en el cinto,

»Era un vil, que lo vendía...»
«Calla,» repitió de nuevo
Más airado el hombre; y ella:
«No me da la gana: cierto
»Es cuanto digo... El tesoro
Lo ganó en la guerra, ó premio
Es que el rey le ha dado en paga
De servicios que le ha hecho.
»La Reina y los Ricos-hombres,
Revoltosos y soberbios...»
«Maldita tu lengua sea,
Clamó furioso el ventero.
»Tú, porque allá te criaste
En su palacio, y... ¡yo necio!
Y ella prosiguió llorando:
«La tonta fui yo, mostrenco.»
Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto
Los padres, cuando, *ya llegan,*
Gritó desde fuera el lego;
Y dejando á los esposos,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa, la acabaron
A puñadas, segun temo,
Fuéronse á la puerta al punto,
Sobre sus mulas subieron,
Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

Un penacho jalde y negro,
Cual matorral sobre un risco,
Ondea sobre su almete
Y da al sol variados visos.
El ancho plateado escudo,
De una cadena ceñido,
Ostenta la banda negra,
Timbre de su casa antiguo.
Vienen tras él diez jinetes,
De la cimera al estribo,
Armados de punta en blanco,
Y en las lanzas pendoncillos.
Marchan todos en silencio,
Y en todos el sobrescrito
De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta á tiro.
Se dijera ser la escolta,
No de un caballero vivo,
Sí de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo.
En medio de ellos venia,
Cabizbajo y abatido,

Caballero en una mula
Con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje,
De aspecto notable y digno,
De estatura no muy alta,
Pero gallarda y de brio.
Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro,
Más blanco que los armiños,
Un gran manto, en cuyos pliegues
La cruz roja, distintivo
De maestre de Santiago,
Luce en recamo prolijo;
Y una toca de velludo
Negro con bordados picos,
Mas sin airon ni garzota,
Es de su cabeza abrigo.
Era su mirar resuelto,
Bien que apagado y sombrío,
Y su aire tan de persona
De poder y de dominio,
Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible
Cierto respeto sumiso.
Don Alvaro era de Luna,
Del rey don Juan favorito,
Que á Castilla largos años
Rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
Con los dos padres franciscos,
Paráronse estos, y humildes
Saludo cortés y fino
Hicieron al Condestable,
De quien eran muy amigos.
Don Alvaro contestóles
Tan galan como expresivo.
Ellos en la armada escolta
Se ingirieron de improviso,
Tomando del gran maestre
A uno y otro lado sitio.
Largo rato caminaron
Todos en silencio hundidos;
Pero al cabo el padre Espina
Se resolvió, y así dijo:
«En verdad, señor, que valen
Poco del mundo mezuquino

Las honras y los haberes
Para el varon de juicio.
»El hombre cristiano y cuerdo
Debe hácia norte más fijo
Encaminar su esperanza,
Servir solo á Dios benigno.
»Lo que nos da, lo mantiene,
Y al que busca en él asilo,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraíso.»
Con grande atencion escucha
Tan saludables avisos
Don Alvaro, que engañado
Juzgó, al salir de Portillo,
Que iba á recobrar honores,
Favor, riqueza y dominio;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino,
Se estremeció á pesar suyo,
Cubrióse de sudor frio,
Y, «¿voy á morir acaso?»
Preguntó como indeciso.
Contestóle el religioso:
«Todos, mientras somos vivos,
Vamos á morir. El hombre
Que va preso... en más peligro...»
«Basta,» exclamó el Condestable;
Y dando á su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma,
Y al semblante noble brillo,
«Basta, siguió, no es la muerte,
Cuando se sabe de fijo
Que llega, tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.
»Venga, pues: si el Rey lo quiere
Yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
No me dejeis, os suplico.»
Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga escondido
En su celada, y lloraron
Hasta los armados mismos.
Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien con su oficio,
Consolando al Condestable
Con discrecion y con tino,
Y él, oyéndolos atento,
Siguió la marcha tranquilo,
Sin dar de dolor ni susto
En su noble rostro viso.

ROMANCE TERCERO

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO

Para quien al día siguiente
Mira la muerte segura,
El declinar de la tarde
Solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va á ponerse,
Y espeso vapor ofusca
(Semejante á un rey que el trono
A su pesar desocupa,
Y dignidad conservando
Del mundo huye, y se sepulta
Donde los hombres no adviertan
Su dolor y desventuras),
Con honda atencion los ojos
Clavó don Alvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto
Lanzó un suspiro de angustia,
Como el que lanza el amante
Cuando el horizonte oculta
El bajel en que su amada
Los desiertos mares surca
Para no volver. Ansioso
Lleva sus miradas mudas
A los montes apartados,
Cuyas cumbres aún relumbran,
A los ya enlutados bosques,
A las calladas llanuras,
A los altos campanarios
Que entre nieblas se dibujan:
Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo,
Parece que sólo busca.
Y al notar que poco á poco
La luz menguante y confusa
Del crepúsculo confunde
La escena que le circunda,
Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra, en cuya
Oscuridad para siempre
Corre á hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes, y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditacion profunda.

Entre dos luces llegaron
A Valladolid, y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.

De Alonso Lopez Vivero
Por la calle y casa cruzan,
Donde viven sus criados,
Donde llora su viuda.
Aquellos, como canalla
Que si al poderoso adula,
En cuanto le ve caído
Feroz le escarnece y burla;
De la cabalgada el paso
Atajan con negra furia,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.
Este furioso (presente
El tiempo pasado juzga,
Que aún conserva el poderío,
Que aún domina á la fortuna),
Lleva soberbio la mano
A buscar en su cintura
La guarnicion de la espada...
Mas, ¡ay! en vano la busca.
Va preso... espada no lleva...
¡Ah!... lo advierte, y furibunda
Mirada va á dar al cielo;
Mas se anonada y conturba.
Queda con los ojos fijos,
Parece su faz difunta:
Tiembla, y en sudor helado
Sus miembros todos se inundan.
Delante se halla un espectro...
¡Un espectro!... Sí: la mula
Algo ve tambien; esquiva
Se recela, empina y bufa.
¿De Alonso Lopez Vivero
Ha salido de la tumba
La sombra?—De que el maestro
Ante sí la vió, no hay duda.
En confesion se lo dijo
Aquella noche con muchas
Lágrimas al padre Espina...
De Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
A palos abre la turba
Estúñiga denodado,
Y la atropella y asusta;
Y en salvo al ilustre preso
Condujo á la casa suya,
En que estaba preparada
Una capilla segura,
Donde pasó el Condestable
Con la espiritual ayuda

Noche serena, pidiendo
A Dios perdon de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
Repitió tambien algunas
Trovas del famoso Mena,
Que pintan como locuras
Las mundanas ambiciones:
Oró con fervor, en suma
Fué un cristiano, un caballero,
Un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
Ser el reo, á quien la dura
Sentencia estaba leida,
Y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
Era el Rey... ¡Mísero! lucha,
Náufrago desventurado,
En airado mar de angustias.
Ama á don Alvaro, mira
Su sentencia como injusta;
De la Reina y de los Grandes
Se la ha arrancado la furia.
Que su trono se desploma,
Y hasta su existencia, juzga,
Y que al morir el Maestre
Abrazadas irán juntas
El alma de aquel amigo
Y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
En hombre que cetro empuña!
Revolcándose en su lecho,
Rasgando sus vestiduras,
Paseándose sin tino
Por la cámara, que alumbra
Una lámpara medrosa,
Que en el cortinaje abulta
Vagas sombras... ¡infelice!
¡Qué noche pasó!... Que ocupa
Ve un rincon de aquella sala,
De pie con la boca muda,
Su físico Fernan Gomez.
A él se va las manos juntas,
Y suplicante le dice:
«Si es que mi salud procuras,
Anda á ver al Condestable,
Así Dios te dé su ayuda.»
El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas,
Perdone vueseforía,
No oso verle en tal angustia.»

Conmovido el Rey, en llanto
Rompió y en voces confusas,
Que el alma á Gomez partieron,
Segun dicen cartas suyas.



Entró al estruendo la Reina
En la cámara, cual una
Aparicion, como maga
Que viene á doblar astuta
Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura,
Y con que la empresa afirma,
De que pende su fortuna.
Calló el Rey, quedó de mármol
Al verla: ella le pregunta:
«¿Qué es esto?» y oyendo, «Nada,»
Retiróse muy adusta.
Largo rato el Rey estuvo
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luégo
Torna á más reñida pugna
De afectos: la amistad vence,
Llama con voz resoluta
A Solís su maestresala,
Dícele: «Al momento busca
»A Diego Estúñiga, y dile...»
En su garganta se anuda
La voz, porque entra la Reina
Otra vez... calla y trasuda.
La Reina á Solís llevóse,
Y el Rey abrió con presura
El balcon, cual si quisiese
Gozar del aura nocturna:
Y el trono, cetro y corona
Maldiciendo en voces mudas,
Ojos de lágrimas llenos
Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO

LA PLAZA

Mediada está la mañana;
Ya el fatal momento llega,
Y don Alvaro de Luna
Sin turbarse oye la seña.
Recibe la Eucaristía,
Y en Dios la esperanza puesta,
Serenos baja á la calle,
Donde la escolta le espera.
Cabalga sobre su mula,
Que adorna gualdrapa negra,
Y tan airoso cabalga,
Cual para batalla ó fiesta;
Un sayo de paño negro
Sin insignia ni venera
Es su traje, y con el garbo
Que un manto triunfal, lo lleva;
Y sin toca ni birrete,
Ni otro adorno, descubierta,
Bien aliñado el cabello,
La levantada cabeza.
Los dos padres franciscanos
Se asen de las estriberas,
Y hombres de armas en buen órden
Le custodian y le cercan.
Así camina el Maestre
Con tan gallarda presencia
Y con tan sereno rostro
Que impone á cuantos le encuentran.
Sus enemigos no osan
Clavar la vista soberbia
En él, como consternados
Ya de su venganza horrenda;
Sus partidarios parecen
Decirle con mudas lenguas,
Que aún morirán por salvarle
Y encenderán civil guerra.
Y aquel silencio terrible
Por todas las calles reina,
Que ó gran terror, ó despecho
Grande siempre manifiesta.
Silencio que solamente
De cuando en cuando se quiebra
Con la voz del pregonero
Que á los más valientes hiela,
Diciendo: *Esta es la justicia
Que hacer el Rey ordena
A este usurpador tirano
De su corona y su hacienda.*

Siempre que oye el condestable
Este vil pregon, aprieta
La mano del padre Espina,
Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza,
Que há pocos dias le viera
Tan galan en el torneo,
Con tal poder y opulencia.
El apretado concurso
El cuadrado espacio llena:
Vése una masa compacta
De rostros y de cabezas:
Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra,
O que casas y palacios
Su basa han hundido en ella.
Un callejon, que tapiales
De hombres apiñados cierran,
Sirviéndole de linderos
Lanzas en vez de arboleda,
Ofrece paso hasta donde
Lecho de muerte descuella,
En mitad del gran gentío,
Que como la mar olea,
El reducido tablado
Enlutado con bayetas:
Una gran tumba parece
Que el pueblo en hombros sustenta.
Sobre él está colocado
Un altar á la derecha,
De terciopelo vestido;
Y entre amarillas candelas,
Cuya luz el sol deslustra
Y arder el viento no deja,
Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.
Yace un ataúd humilde
Colocado á la izquierda:
Cerca de él se ve una escarpia
En un pilar de madera;
Y en medio, de firme, un tajo,
Delante una almohada negra,
Y una hacha, en cuya cuchilla
Los rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo
De la alta mula se apea:
Fervoroso el padre Espina
Con él sube y no le deja.
De pié ya sobre el tablado
Tres personas se presentan
A las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa:
El ministro de la muerte,
El que lo es de vida eterna,
Y el que dando al uno el cuerpo
Al otro el alma encomienda.
Turbado el tosco verdugo
De atreverse á tal alteza,
Necio terror da á su frente,
Que cubre jalde montera.
El religioso metido
En su capucha, se queda
De mármol, cruza los brazos,
Y con fervor mudo, reza.

El Condestable, sereno,
El pié al crucifijo besa,
Y luégo tiende los ojos
Por la turba que le observa;
Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera
A Morales, su escudero,
Hecho de lealtad emblema,
Le llama, de oro un anillo,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas,
Del pulgar quita, y le entrega
Diciéndole: «Amigo, toma,
Ya no conservo otra prenda.»

Después atisbó á Barrasa,
Paje del Príncipe, cerca,
Y así le habló en voz sonora:
«Dile á tu dueño, que vea
De dar á los que le sirvan,
Otra mejor recompensa.»
Viendo el pilar y la escarpia,
«¿Para qué?» pregunta. Tiembla
El sayon, y le responde,
Hablar no osando, por señas.
Y prosiguió el Condestable
Con una sonrisa acerba:
«Después de yo degollado,
Nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
Que piense sólo, le ruega,
En Dios; y él, «Padre, es mi norte
Y mi esperanza,» contesta.
Se ajusta el traje, descubre
La garganta, ve que llega
El verdugo para atarle
Las manos con una cuerda:
Saca del seno una cinta
Labrada con oro y seda,
Y, «Átalas, le dice, amigo,
Si es necesario, con esta.»
De hinojos en la almohada
Se pone, el cuello presenta,
El religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»
El hacha cae como un rayo,
Salta la insigne cabeza,
Se alza universal gemido
Y tres campanadas suenan.

Paris, 1833.

